



Paz y Bien

Natividad del Señor.  
Solemnidad.



24-25-XII-  
2005.-

Textos:

Is.: 9, 1-6.

Tim.: 2, 11-14.

Lc.: 2, 1-14.

“...no había lugar para ellos en el albergue” (Lc. 2, 7).

Nuevamente nos hemos congregado para celebrar la Navidad, el misterio por el que Dios se hace hombre, “Dios hizo a su Hijo, Hijo del hombre para que el hombre llegue a ser hijo de Dios” (S. Agustín, Sermón 185).

La primera condición para celebrar bien la Navidad, es conservar su autenticidad religiosa.

El espíritu de la Navidad y su verdadero significado puede ser sofocado por las manifestaciones exteriores y profanas, a las cuales esta fiesta da ocasión, y que alcanzan tales proporciones que transforman el verdadero carácter sagrado de la Navidad. Todos sabemos como se puede llegar a profanar tal carácter sagrado incluso partiendo de formas inocentes y simpáticas del folklore, o no tan inocentes. El mismo pesebre puede convertirse más en un espectáculo con fines estéticos o fantásticos que en un recuerdo del acontecimiento humilde y sublime cual es el nacimiento del Salvador.

También puede atentar contra el espíritu de este misterio de bondad y de humildad, el escenario y los acontecimientos del País y del mundo que se debate entre el dolor, las desigualdades, la corrupción, la pobreza y la violencia con todos sus descarnados rostros.

Ante estos nubarrones el horizonte de la humanidad, nosotros celebramos el nacimiento del “Sol invicto”, Cristo el Sol de la humanidad, la aparición del Hijo de Dios en carne humana, celebremos a “Cristo humilde que es el Dios con nosotros” (S. Agustín: “Humilis Deus”, de cath. rud. IV).

Pero hay causas más domésticas que impiden que entremos en el espíritu de la Navidad, es cuando no hacemos lugar, en nuestro corazón, para que el hermano entre, como se les negó, a María y a José, un lugar para poder dar a luz al Hijo de Dios: “no había lugar para ellos” (V. 7).

Este es el drama de la humanidad de todos los tiempos, no ser posada para el otro, cuando el corazón o las fronteras se cierran para el que anda buscando un lugar. Hoy no hay lugar para el niño por nacer, ni para el anciano improductivo, hay demasiados que no encuentran un lugar en nuestra sociedad. Se siguen levantando los muros entre los hombres y entre los pueblos: un muro separa a judíos y palestinos; norteamericanos y mejicanos; y la construcción de la nueva y tercera valla de Melilla que impide que los negros del África hambrienta crucen al Primer Mundo.

Hermanos, esto, y es mucho más difícil de entender, pasa en las familias; donde muchas veces los corazones se achican, desaparece la magnanimidad, y ya no se halla en el corazón del otro la posada que necesitan para el descanso y el consuelo, es cuando el espíritu de comunión de la familia se rompe.

De la escena de Belén brota la inspiración para vivir el ya famoso espíritu de comunión, los personajes sagrados nos enseñan a hacer caminos de comunión.

Juan Pablo II nos decía que la “Espiritualidad de comunión significa, la capacidad de sentir al hermano (...) como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios:

un don para mí (...). En fin, espiritualidad de comunión es saber dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Gal. 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan” (N.M.I.43), y cierran nuestro corazón deshumanizando las relaciones sociales y familiares.

Hermanos, Juan Pablo II agrega, que no debemos hacernos ilusiones, sin este camino de comunión, de poco sirven las estructuras, las comodidades, el confort; estos medios sin alma, se transforman en máscaras de comunión (cf. Id.).

La celebración de la Navidad es una invitación a reavivar este espíritu de comunión, especialmente en la familia, de ella depende la salud de la sociedad.

San Ignacio de Loyola nos ayuda a profundizar un poco más en el camino de comunión al hablarnos de dos modos privilegiados para vivir la “Unión de ánimos” que nos permiten la comunión, son: la pobreza y la superación de toda ambición. Ambos los aprendemos en la escuela de Belén y Nazaret.

“La pobreza es como un baluarte por el que se destierra muy lejos toda especie de avaricia” (Const. 816, cit. Por Mons. Bergoglio).

En cuanto a la ambición, San Ignacio la llamó “Madre de todos los males” (Const. 817, id.).

Hermanos, son los males que enferman y matan la “unio cordium”. En nuestro corazón no habrá lugar para el otro si no vivimos en la sinceridad y la confianza mutua.

La familia debe ser la escuela donde formar los corazones para que sean pesebres para los hermanos, que como Jesús, María y José, anden buscando un lugar de descanso y consuelo; pues “la familia tiene por vocación original ser escuela de humanidad, de sociabilidad y de amor (...). La familia se convierte así en remedio por excelencia para superar los efectos nocivos del desamparo y del abandono, con trágicas consecuencias de violencia, delincuencia y adicciones, que sufren especialmente los jóvenes” (C. E. A.: “La familia, Imagen del amor de Dios III”).

En verdad debemos reconocer que no es fácil hacer de nuestro corazón una posada de descanso y consuelo para el hermano, por eso una vez más debemos afirmar que el amor es exigente, “el amor es verdadero cuando crea el bien de las personas y de las comunidades, lo crea y lo da a los demás”

(J. P. II: “Carta a la familia 14).

Hermanos, la Bondad de nuestro Padre del cielo se nos impone en el misterio de la Navidad, en ella encontramos la gracia, que nos permite tener un corazón capaz de dar lugar a los otros.

Acercarse al pesebre es acercarse al misterio de la Bondad y esto resulta purificador, porque allí se encarna la Bondad suma, la Bondad de Jesús no tiene límites y no conoce ocasos.

Por último el Ángel nos dice: “No teman porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo” (v. 10); esta alegría es universal, “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor. El gran gozo anunciado por el Ángel, la noche de Navidad, lo será de verdad para todo el pueblo” (Gaudete in Domine III).

En el pesebre nos visita la Bondad de Dios, pidamos a la Madre de este Niño Dios, que, como hacen las mamás, nos saque las lagañas de nuestros ojos y nos limpie los oídos, para poder ver y escuchar al hermano que llama buscando un lugar donde poder encontrar descanso y consuelo.

Que la Bondad de Dios nos dé un corazón semejante al de su Hijo para ser verdaderamente magnánimos.

Amén.

G. in D.